

que ha rato que estoi aqui.

LUPERCIO.

Porque no hai fuerzas en mí
 hasta que vos me la dais.
 Que como hasta que el sol sale,
 todo está mudo en silencio,
 no menos me diferencio,
 ni el mas que esos rayos vale.
 Y que me habeis hecho salva,
 y decís que el sol espera,
 soi la calandria primera
 que canta en saliendo el alba.

ARISTO.

A fé que es hombre leido,
 no ves la comparacion.

OCTAVIO.

Leido habré su traicion,
 que letra bastarda ha sido.

ALFREDO.

¿No escuchas Fuljencia bella
 á tu Lupercio?

FULJENCIA.

No sé,

si al alma crédito dé,
 ó al traidor que vive en ella
 que esto pasa, que esto ven
 los ojos que este adoraba,
 hoi con la vida se acaba,
 Alfredo, el amor tambien.
 ¿Que me tienes honra infame?
 déjame vengar mi afrenta.

ALFREDO.

Que es lo que tu furia intenta,
 ¿oye, quieres que le llame?

FULJENCIA.

No amigo, que aunque estoi loca,
 guardo el rostro á mi opinion,

reprimiendo el corazón
que viene ardiendo á la boca
que si faltase esta luz,
con una voz que daría,
del pecho lo escaparía
como bala de arcabuz.

CELAURO.

Todo se traza á mi gusto (Ap.)
Fuljencia se vá inquietando,
muere, pues matas amando
de celos, rabia y disgusto.
¿Hai bien que á mi bien se iguale?
¡O industria cuanto aprovechas
para fortunas desechas,
donde la fuerza no vale!

LUPERCIO.

Traigo contento el deseo
de una esperanza tan loca,
que ya parece que toca
lo que pienso que poseo.
Suplicoos que algun favor
confirme esta confianza.

LEONELA.

Sí haré por mi fé, si alcanza
tanto la mano de amor.

LUPERCIO.

Con la vuestra me contento.

LEONELA.

Es imposible alcanzar.

OCTAVIO.

¡Que á tanto puede llegar
un cobarde sufrimiento!

FULJENCIA.

¿Ves Alfredo como pide
la mano al galán?

ALFREDO.

Si veo.

LUPERCIO.

Pues yo mido mi deseo
tu, señora, tu amor mide.
Llega mi deseo á tí,
que vá por este favor,
baje á mí tu mano amor,
verás su medida asi :
aunque era mejor tu mano
para esforzarme á subir :
¿pero quien podrá medir
lo d'ívino por la humano?

LEONELA.

¿No es bueno que sin amor
hablo á un hombre que no veo?

LUPERCIO.

¿No es bueno que sin deseo
estoi pidiendo favor?

OCTAVIO.

¿No es bueno Aristo, que esté
aqui un hombre como yo?

FULJENCIA.

¿No es bueno que le pidió
la mano? ¡ó traidor sin fé!

ALFREDO.

¿No es bueno que tu lo aguardes
pudiéndolo remediar?

OCTAVIO.

Déjame Aristo llegar,
que nunca hai celos cobardes.

CELAURO.

¿No es bueno que estoi contento
de ver á Fuljencia asi?

FULJENCIA.

Déjame llegar á mí,

que me ahoga el sufrimiento.

ALFREDO.

Detente.

FULJENCIA.

Déjame hacer

¿á Caballero, á quien digo? (*)

LUPERCIO.

Es amigo.

FULJENCIA.

No es amigo,
que vos no lo sabeis ser.

LUPERCIO.

¿En qué os ofendo?

FULJENCIA.

En hablar

esta mujer.

LUPERCIO.

¡Esto habia!

¿es vuestra?

FULJENCIA.

Si fuera mia
yo la supiera guardar.

LUPERCIO.

¿Pues qué es lo que pretendéis?

FULJENCIA.

Que dejéis este cuidado,
que yo sé que estais casado.

LUPERCIO.

Vos ¿pues de que lo sabeis?

FULJENCIA.

Esto basta, y dame pena
lo que aqui en su ofensa pasa,
y mal guardais vuestra casa
mientras andais por la ajena.

(*) Llega Fuljencia arrebozada á Lupercio.

LUPERCIO.

Es mi hermano.

FULJENCIA.

Soi quien soi;
salid de la calle luego.

CELAURO.

Yo he de perder este juego
si á remediarle no voi ;
¡ha celos que no guardais
palabra que prometeis!

LEONELA.

¡A caballeros, ¿No veis
que mi opinion infamais?

ARISTO.

Habia un competidor ,
y ya hai dos.

LUPERCIO.

Vamos de aqui.

FULJENCIA.

Seguidme.

LUPERCIO.

Venid tras mí ,
¿hai mas estraño rigor?

ALFREDO.

¡A reñir van ! ¿que remedio?

CELAURO.

Alfredo , yo soi perdido . (*)

ALFREDO.

Ven que riñen.

CELAURO.

Ponte en medio.

ALFREDO.

Paso señores.

(*) A un lado riñen Fuljencia y Lupercio.

FULJENCIA.

No hai paso.

LUPERCIO.

¿Quién es?

FULJENCIA.

Apartaos de ahí.

LUPERCIO.

Dejadle pues.

FULJENCIA.

Pesia á mi,

de aquesta punta le paso.

CELAURO.

¿No vé que estoi de por medio?
lleva Alfredo á ese galan.

ALFREDO.

Vamos señor.

FULJENCIA.

¿Que no harán
celos, ó mal sin remedio?

(*)



ESCENA XXI.

Los mismos, menos FULJENCIA y ALFREDO.

CELAURO.

Echa tú por esta calle,
y no os encontréis los dos.

LUPERCIO.

¿Sabeis quién es?

CELAURO.

No por Dios.

LUPERCIO.

Que buen mozo.

CELAURO.

Jentil talle.

(*) Váse Fuljencia, y Alfredo soségándola.

ESCENA XXII.

OCTAVIO , LEONELA y ARISTO. (*)

OCTAVIO.

¡ A señora, por quien son
las presentes cuchilladas,
ó aquesta danza de espadas
hecha á vuestra devocion!

LEONELA.

¿ A señor, el que lo mira
y está en la calle envainado,
cuanto le cuesta el tablado?

ARISTO.

Jentiles pedradas tira.

OCTAVIO.

Cuando riñen dos galanes
de una dama tan finjida,
no se ha de jugar la vida,
ni se han de hacer ademanes,
y crea vuesa merced,
que cuando mi causa fuera,
á estocadas los cosiera
yo solo en esta pared:
mas si con igual querella
riñen sobre este lugar,
ventana quiero alquilar
y ver los toros en ella.

LEONELA.

¿ Es mi Octavio?

OCTAVIO.

Soi el diablo.

LEONELA.

Octavio , señor, espera.

(*) Llega Octavio á la reja.

OCTAVIO.

¿Qué espere? ¿j gentil quimera.

LEONELA.

Oye, escucha; ¿con quién hablo?

ARISTO.

Oyela señor.

OCTAVIO.

No quiero.

LEONELA.

Oye la satisfaccion.

ARISTO.

Oye señor su razon.

OCTAVIO.

Déjame tu majadero.

ARISTO.

Mira que está haciendo estremos.

OCTAVIO.

Ya no hai hablarnos los dos.

LEONELA.

¿No quereis?

OCTAVIO.

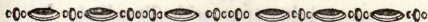
No.

LEONELA.

Pues á Dios.

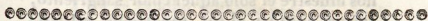
que mañana nos veremos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

DECORACION DE CALLE , LA MISMA CON QUE
ACABO EL ACTO.



ESCENA PRIMERA.

ALFREDO y CELAURO.

ALFREDO.

¿Qué tanto descompuso la pendencia
dos voluntades que el amor tenia,
en tan estrechos lazos obligadas?

CELAURO.

Luego que te partiste de esta villa,
amigo Alfredo, fué creciendo el daño,
porque entre los amantes las pendencias
suelen durar, por ser tan pertinaces,
porque quieren que el uno ruegue al otro.

ALFREDO.

Yo los dejé en extremo desabridos
despues señor de los injustos celos:
¿supo dime, Lupercio, que era ella,
la que en hábito de hombre lo fue tanto,
que osó reñir con él cuerpo á cuerpo?

CELAURO.

No lo supo Lupercio, ni lo sabe,
porque yo le llevé tan divirtido,
que cuando vino á verla aquella noche,
ella estaba en la cama y sosegada:
mas como amor no duerma bien con celos,
y sean los dos tan grandes enemigos,
puesto Alfredo que padre, é hijo sean,
asi se los pidió de aquella dama,

así enojada estuvo, así ha llorado,
 que Lupercio movido á ira y cólera,
 puso las manos en su rostro hermoso
 puso las manos en el sol, Alfredo,
 ofendió las estreilas de los ojos,
 oscureció la clara luz del día:
 y como en los eclipses de ordinario
 nos muestre el solo aquel color sangriento,
 sangre puso en el sol; sangriento estuvo
 el rostro á quien esta alma adora y teme.

ALFREDO.

¡Válgame Dios, que esa bajeza hizo!

CELAURO.

Ne le culpes Alfredo, que unos celos
 pedidos sin razon, de seso privan.

ALFREDO.

Razon tuvo Fuljencia.

CELAURO.

En el engaño,
 mas Lupercio inocente de la culpa.

ALFREDO.

¿No te pesa de haber con tus embustes
 dado ocasion para que aquellas manos,
 hayan tocado temerariamente
 en el sol, en el cielo, en las estreilas,
 del cabello, del rostro, y de los ojos?

CELAURO.

Dios sabe que su daño me ha pesado,
 y que me cuesta lágrimas piadosas:
 pero que quieres, que el camino es este
 de negociar mi bien, porque no hai otro
 como sembrar discordia entre sus almas.

ALFREDO.

¿Que tienes negociado?

CELAURO.

Que Fuljencia

dejó su casa y sus queridos hijos,
y como huyendo, vino á la de Andronio,
que como sabes, es mi tio, adonde
he comido y cenado aquestos dias,
sustentado esta vida de sus ojos,
que si en la India se sustenta jente
de solo olor, y solo de la vista,
y no es mucho milagro para un anjel.

ALFREDO.

¿Hasla hablado?

CELAURO.

Hela hablado y persuadido.

ALFREDO.

¿Y qué responde?

CELAURO.

Que á Lupercio adora.

ALFREDO.

Mui adelante estás.

CELAURO.

Hice á mi hermana
que la viniese á ver y á persuadilla,
y ha dormido con ella cuatro noches,
con envidia del mundo y de mi alma.

ALFREDO.

¿Qué negocia?

CELAURO.

Que siga mi justicia.

ALFREDO.

¿Dura el enojo?

CELAURO.

No que ya se hablan,
y se han de ir á su casa aquesta noche,
para mis ojos y alma noche eterna.

ALFREDO.

Que poca fuerza tus deseos tienen.

CELAURO.

Retírate que sale.

ALFREDO.

Aquí me aparto.

CELAURO.

Costarme tiene hacienda, vida y alma,
ó de esta ingrata he de llevar la palma.



ESCENA II.

SALA EN CASA DE CELAURO.

FULJENCIA y RISELO dándola un papel.

RISELO.

Acaba, lee el papel.

FULJENCIA.

No me porfies Risele.

RISELO.

Por mi vida que recelo
que te enflaqueces por éf.

Ea, cesen los enojos,
señora, de tantos dias.

FULJENCIA.

Primero las manos mías
se vengarán en sus ojos.

RISELO.

Harto mas te vengas tú
en los tuyos, con llorar
perlas, que pueden comprar
las riquezas del Perú.
Lee, que te estás muriendo.

FULJENCIA.

Ahora bien, leo por tí.

RISELO.

Y por ti no.

FULJENCIA.

Yo por mí,
soi mui tierna.

RISELO.

Asi lo entiendo.

FULJENCIA.

Dame que allá no tuviera
á Esteban, y á Enrique.

RISELO.

Lee,

que Lupercio asi lo cree.

FULJENCIA.

El dice de esta manera.

Basta ya, señora mia, (Lee el papel).

de pesadumbres de un mes,

que la venganza no es

amor, sino tiranía.

Ven mis ojos, ven mi cielo,

que si un hora tardas mas,

quando vengas me hallaras

muerto.

RISELO.

Ea, entrañas de yelo.

FULJENCIA.

¿Muerto dice?

RISELO.

¿Y eso dudas?

FULJENCIA.

No sino con otra dama

muerto en sus brazos.



ESCENA III.

Dichos, ALFREDO, y CELAURO, retirados.

ALFREDO.

¿Qué llama

Celauro en yelo no mudas?

CELAURO.

Antes aquello me enciende.

ALFREDO.

¿Eres loco.?

CELAURO.

Soi amante..

RISELO.

Leé , señora, adelante.

FULJENCIA.

Solo engañarme pretende.

Si de mi quieres vengarte (Vuelve á leer).

mejor estarás aqui:

pero no vengas por mi ,

pues ya no puedo obligarte.

Ven , por Esteban y Enrique ,

que lloran por ti , mi bien ,

y si allá hai otro , tambien

le ruego te lo suplique.

Tu Lupercio.

RISELO.

¿ Lloras ?

FULJENCIA.

No.

RISELO.

¿Pues qué?

FULJENCIA.

La vista penetra

el rejalgár de la letra.

CELAURO.

¿Que buena disculpa dió!

RISELO.

Eso es en letra de estampa,

que hai no sé que humo en ella.

FULJENCIA.

¿Qué mas estampa que aquella

(61)

que en el corazon se estampa?
Y bien dices, que trae humo,
que es fuego con humedad.

RISELO.

Ten, mi señora, piedad.

CELAURO.

Cual nieve al sol me consumo.
Vive Dios, que el vil tercero
me ha de pagar estas paces.

ALFREDO.

Como enamorado haces,
mas no como caballero.

FULJENCIA.

Dile á ese hombre, Riselo,
dile á ese traidor, amigo,
dile á ese falso enemigo,
que de noble sufre el cielo,
que venga luego por mí.

RISELO.

Dame esos pies.

FULJENCIA.

Parte.

RISELO.

Voi. (Vase.)

FULJENCIA.

Celauro ¿aqui estas?

CELAURO.

Estoi

cual sombra siempre tras tí.

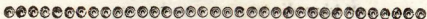
Vete Alfredo.

ALFREDO.

Mal se luce

los enredos de este loco.

(Vase.)



ESCE NA IV.

CELAURO y FULJENCIA.

CELAURO.

¿Estás ya mas tierna?

FULJENCIA.

Un poco.

CELAURO.

A esto siempre se reduce
los enojos de quien ama.

¿Esta noche vas con él?

FULJENCIA.

Acúsame de cruel,
y en este papel me llama.

CELAURO.

¿Tanto un papel entenece?

FULJENCIA.

No sé que tiene de hechizo.

CELAURO.

Maldiga Dios quien le hizo,
que tan tierno te parece.

FULJENCIA.

Maldígate Dios á ti.

CELAURO.

No digo quien le escribió.

FULJENCIA.

Para maldecirte yo,
basta el papel.

CELAURO.

¿Cómo asi?

FULJENCIA.

Porque cosa que ha tocado
tal mano queda su ofensa

á cuenta de mi defensa
como está un lugar sagrado.

CELAURO.

¡O pesa tanto rigor,
y mi loco sufrimiento!

FULJENCIA.

¿Qué ofensa en tu daño intento
por tener á un hombre amor?
¿Soy yo tu sangre por dicha
soy tu hermana, ó tu mujer?

CELAURO.

No, pero debes de ser
toda junta mi desdicha.
Pues vete ingrata en buen hora
aunque sea mal para mí
gozale, y goce de tí
á pesar de quien te adora;
que pues que no he merecido
de tí una palabra buena,
yo haré que rabies de pena
como yo rabio de olvido.

FULJENCIA.

¿Tú, qué me puedes hacer?

(*)

CELAURO.

Vive Dios, que estoi de suerte
que estoi por darte la muerte,
y acabarme de perder.

FULJENCIA.

¿Estás loco, para mí,
para una mujer la daga?

CELAURO.

Si por que una puerta haga
con que me saque de tí.

FULJENCIA.

Yo te tengo, espera un poco.

(*) Saca la daga.



CELAURO.

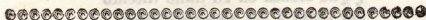
Bien dices que yo te tengo.

LUPERCIO dentro.

Loco de contento vengo.

SABINO dentro.

Y yo de contento loco.



ESCENA V.

Dichos y LUPERCIO, RISELO y SABINO.

CELAURO.

Puesta la mano , señora , (*)
sobre esta daga te juro
por ser cruz , que es su amor puro ,
y que Lupercio te adora :
deja celos y quimeras ,
vete esta noche con él.

LUPERCIO.

¡O amigo noble y fiel !
dame esos brazos , ¿qué esperas?

CELAURO.

¡O buen Lupercio ! primero
los has de dar á Fuljencia.

LUPERCIO.

No sé si tengo licencia :
pero obedecerte quiero. (*)
Y así echándome á sus pies ,
veré si sus manos gano
subiendo del pie á la mano ,
y de ella al brazo despues ,
y desde el brazo al abrazo ,
y de el abrazo....

(*) Diga disimulando Celauro.

(*) Arrodillase Lupercio.

FULJENCIA.

Prosigue
 porque tu hechizo me obligue
 á ser de tus brazos lazo.

CELAURO.

¿Es posible que esto veo!

FULJENCIA.

¿Cómo has estado sin mí?

LUPERCIO.

Pregúntalo al alma en tí
 infierno de mi deseo.
 Que como el mundo en su caos
 y sin forma inanimadas
 las materias y bazadas
 sobre la tierra las naos.
 Como en el Limbo el rapáz,
 mas no es comparacion buena
 porque yo he tenido pena,
 y fuí de gloria capaz.
 Cuál tórtola sin hallar
 compañía alegre alguna;
 como sin el sol la luna,
 y sin la luna la mar.
 como el instrumento está
 sin la mano del que toca
 como Tántalo la boca
 la fruta que se le vá.
 y como sin tí mi bien
 que eres mi causa, y mi forma
 quien me mueve, y quien me informa.

SABINO.

Por siempre jamas amen.
 Acaba, vamos de aqui,
 que me muero ya por veros
 en casa.

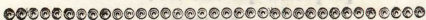
LUPERCIO.

Hermosos luceros

posible es que os ofendí.

FULJENCIA.

Entra Riselo y dirás
á Leonela que me voi
y tráeme manto.



ESCENA VI.

Los precedentes y LEONELA.

LEONELA.

Aqui estoy
y he sabido que te vas.
Pero asi me guarde Dios,
que me pesa aunque es tu gusto.

FULJENCIA.

¡O mi Leonela! (*)

CELAURO.

Esto es justo
ea, despedios las dos.

LEONELA.

Déjala cubrir siquiera
pues Lupercio no porfia,
¿qué quieres?

CELAURO.

Hermana mia
lo que es amor considera.
Déjalos que trás pendencia
es gran gusto la amistad.

FULJENCIA.

Cubierta estoy perdonad,

LEONELA.

A Dios hermosa Fuljencia,

FULJENCIA.

Mi Leonela á Dios, y ved,

(*) Se cubre con el manto.

(67)

que me habeis de ver.

LEONELA.

Pues no.

CELAURO.

Allá la llevaré yo.

FULJENCIA.

Hareisme mucha merced.

LUPERCIO.

Leonela y Celauro á Dios.

LEONELA.

A Dios.

CELAURO.

A Dios tigre hircana.
por quedarme con mi hermana
no voi Lupercio con vos.

FULJENCIA.

Vos quedais bien ocupado.

LUPERCIO.

Vamos señora enojada.

SABINO.

La cena está aparejada,
y el amor por convidado.

FULJENCIA.

Que dice Enriquito.

SABINO.

Llora

por su mamá, y por su taita,
que apenas con una gaita
le puedo acallar señora.

Ven, alegre aquella casa,
entre el sol, la noche huya.

FULJENCIA.

Vamos, vamos.

SABINO.

Aleluya,

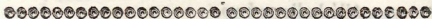
hoi brindo.

RISELO.

¿ A quien ?

SABINO.

A Ganasa.



ESCENA VII.

CELAURO y LEONELA.

LEONELA.

No dudo que habrás sentido
Celauro aquesta mudanza ,
porque en fin , de tu esperanza
riguroso viento ha sido.
¿ Qué te embelesas , que miras ?
ea , ya pasó la calle ,
ola , quiero despertalle ,
Celauro.

CELAURO.

¡ Ai Dios !

LEONELA.

¿ Qué suspiras ?

CELAURO.

Cual queda desvanecido
el niño que volar vió
el pájaro , que pensó
cojer durmiendo en el nido.
O como queda el villano ,
viendo la liebre correr ,
que la pensaba cojer
en la cama con la mano.
O como queda despierto
el que dormido soñaba
que en arca , ó campo se hallaba
algun tesoro encubierto.
O si por un mal suceso
soñaba en cautividad

que ya estaba en libertad,
 y despierto se halla preso.
 Asi yo en la posesion
 del bien que estaba gozando,
 mí libertad ví soñando.
 y despierto mi prision.
 yo muero, hermana Leonela,
 sin remedio de remedio,
 aunque ponga de por medio
 toda Grecia su cautela.
 ¿Desventurado qué haré?
 que ya se van á gozar.

LEONELA.

Tienes razon de penar,
 alabo hermano tu fé.
 Que es la cosa que yo he visto
 mas digna de ser amada.

CELAURO.

Y tu la mas envidiada
 de las que en ella conquisto.
 Que al fin dormiste á su lado.

LEONELA.

Si vieras partes tan bellas,
 mas almas dieras por ellas,
 que por lo exterior le has dado.

CELAURO.

Cuéntame Leonela mia
 algo de aquél anjel santo.

LEONELA.

Santo no te alargues tanto,
 que toques en herejía.

CELAURO.

Mira, bien puedo llamar
 anjel santo, una mujer
 virtuosa, sin hacer
 cosa digna de culpar.
 Vive en sí y fuera de sí,

y esto es mas de anjel que de hombre
luego en darle aqueste nombre
no estoi yo fuera de mí.

LEONELA.

No me mandes que te diga
mas de que es un mármol parió.

CELAURO.

Para eso no es necesario
haberle yo visto amiga.
Ya sé que es mármol tan fuerte
que me resiste y me mata :
pero lo demás retrata
y de otras cosas me advierte.

LEONELA.

Basta decir que es bien hecha ,
limpia , conforme é igual.

CELAURO.

Es hecha de un mármol tal ,
que ningun hierro aprovecha.
Y el mayor mio es querer
hacer en esta ocasion
sin ser yo pigmaleon
de un mármol una mujer.

LEONELA.

Debajo del pecho izquierdo
tiene un lunar peregrino.

CELAURO.

¿Una en cielo tan divino ,
¿por qué no hará loco un cuerdo ?
¿qué color tiene ?

LEONELA.

Muy buena ,
que parece en su blancura
como sangre en nieve pura ;
el clavel en azucena.
Sale un cabello sutil
de enmedio por tanto trecho ,

que puede dar vuelta al pecho.

CELAURO.

Hermoso lazo.

LEONELA.

Gentil.

CELAURO.

Milagro, Leonela, fuera,
 que ese cometa de yelo,
 no tuviera en ese cielo
 rastro que muerte me diera.
 Sino es en forma de espada
 para matarme su brazo,
 es á lo menos de lazo,
 y en mi cuello ejecutada,
 qué haré si en mi cielo veo
 pronósticos de mi muerte,
 mas yo pienso hacer de suerte,
 que ó yo muera, ó mi deseo.
 Quédate aquí que en mi mal,
 ya no hay remedio mayor,
 que pretender por traidor
 lo que pierdo por leal. (Váse.)

ESCENA VIII.

LEONELA, sola.

Menos lástima tuviera
 á tu dolor inhumano
 si lo que es amor hermano
 libre del mismo amor viera.
 Pero tengo amor tambien,
 y conozco tu disgusto
 aunque de él me alegre y gusto,
 pues me quitaste mi bien.
 Hablé á Lupericio por tí,
 y violo mi amado Octavio

que sentido de este agravio
vive quejoso de mí.

¿Pero quién es él que viene
sollozando, y suspirando.?



ESCENA IX.

LEONELA y ARISTO como llorando. }

ARISTO.

Triste del que vive amando,
galeras perpetuas tiene.

¡Ai de mí que podré hacer
sin mi señor solo, y pobre
cual otro hallaré que cobre
lo que en el vengo á perder!

LEONELA.

Aristo.

ARISTO.

Señora mia.

LEONELA.

¿De que te enjuagas los ojos?

ARISTO.

Porque cifra mis enojos
mi desventura este dia.

LEONELA.

¿Donde queda tu señor?

ARISTO.

¿Dices Octavio?

LEONELA.

¿Pues quién?

ARISTO.

Ya le ha muerto tu desden.

LEONELA.

Mejor dijeras mi amor.

ARISTO.

¿Que amor?!

LEONELA.

El que le he tenido.

ARISTO.

Bien dices, pues ya es pasado.

LEONELA.

¿Dime adonde queda?

ARISTO.

Ha estado
estos dias escondido,
y de esta melancolia
salió de consulta hoi,
irse á meter fraile.

LEONELA.

Estoi
al cabo por vida mia;
ea señores á mí.

ARISTO.

Sino lo quereis creer,
mañana le puedes ver.

LEONELA.

¿Qué me cuentas?

ARISTO.

Lo que ví.

LEONELA.

Ea que es cosa de risa.

ARISTO.

No sino de llanto es,
que los ojos en los pies
le he visto ayudar á misa.
Este papel me dejó
para que te diese.

LEONELA.

Muestra.

ARISTO.

¿Que amor, que amistad la nuestra,

sin tí señor, que haré yo?

LEONORA, LEE.

*Ingrata: pues ya tienes otro gusto,
cubra este cuerpo un hábito de paño,
que en invierno y verano venga al justo,
luto á mi amor, y fiesta áe tu engaño,
esto quiero que pueda mi disgusto,
y que aqueste papel, al fin de un año,
sea carta de pago y finiquito
de nuestro amor. Bien breve viene escrito.
¿Tanto ha sentido el agravio?*

ARISTO.

Ese papel lo confirma;
¿no dice Octavio la firma?

LEONELA.

Mejor fuera frai Octavio.
¿Pero es de veras?

ARISTO.

Tan cierto
como que contigo estoi.

LEONELA.

¡Ai Otavio, que no soi
causa de este desconcierto!
La culpa tuvo mi hermano,
que me ha hecho hablar un hombre
y que mudandome el nombre,
el me requebrase en vano,
solo por amartelar
una mujer con cautela.

ARISTO.

Ya no es posible Leonela,
que lo puedas remediar.

LEONELA.

¿Como no? Jiré dando voces,
y de alli le sacaré,
y que es mi esposo diré.

ARISTO.

No podrás , así te goces.

LEONELA.

Pues sino dareme muerte.



ESCENA X.

LEONELA, [OCTAVIO y ARISTO.

OCTAVIO.

Eso no , señora mia,
que solo mi amor queria
ver si es el tuyo tan fuerte.

LEONELA.

Jesus , ¿ qué no es verdad ?

OCTAVIO.

No.

LEONELA.

¿Cómo entraste ?

OCTAVIO.

Vi á tu hermano

salir fuera.

LEONELA.

Ese tirano
nuestro disgusto causó.

OCTAVIO.

Todo lo tengo entendido.



ESCENA XI.

Los antedichos y ALFREDO.

ALFREDO.

¿Es Octavio?

LEONELA.

Alfredo viene.

OCTAVIO.

Son honrados.

CELAURO.

¿No mas de honrados?

OCTAVIO.

¿Qué mas?

CELAURO.

Caballeros.

OCTAVIO.

Eso es menos,
porque honrados dice buenos,
que es punto de este compas.

CELAURO.

¿A que entrastes en mi casa?
si sabeis que honrados son,
y su virtud, y opinion,
por buena moneda pasa.
¿No sabeis que vive alli
una mujer que es mi hermana,
y su hija?

OCTAVIO.

Cosa es llana,
que lo supe, y que lo ví.
Pero así me fué forzoso
para el intento que emprendo.

CELAURO.

¿Cómo asi?

OCTAVIO.

Porque pretendo,
servirla.

CELAURO.

¿Qué?

OCTAVIO.

Soi su esposo.

CELAURO.

¿Sábenlo mis padres?

OCTAVIO.

No.

CELAURO.

Pues es mal hecho.

OCTAVIO.

No es
si lo han de saber despues.

CELAURO.

¡Sin saberlo ellos, ni yo!
Meted mano Octavio.

OCTAVIO.

Oid.

CELAURO.

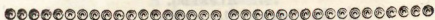
No hai oir.

OCTAVIO.

Eso es furor. (*)

RISELO, dentro.

Celauro riñe, señor.



ESCENA XIV.

Los mismos y LUPERCIO desenvainando.

LUPERCIO.

Dí, necio, que riñe el Cid.
Fuera digo.

OCTAVIO.

Como tres
para un caballero solo;
este es fraude, engaño y dolo,
valdranme manos y pies. (Huye.)

(*) Riñen los dos.



ESCENA XV.

CELAURO, LUPERCIO, ARISTO y ALFREDO
que salen riñendo.

ARISTO.

Tente, hombre.

ALFREDO.

Quando riñe
el amo, es son concertado
para que baile el criado,
si es hombre que espada ciñe.

CELAURO.

Déjale, necio.

ALFREDO.

Huye, perro.

ARISTO.

Tantos á uno.

CELAURO.

Dejadle.

ALFREDO.

No lo llevará de valde,
si con esta punta cierro.

(*)



ESCENA XVI.

CELAURO, LUPERCIO, ALFREDO y SABINO
que sale desenvainando.

SABINO.

Fuera bellacos, ¿qué es esto?
¡A Lupercio mi señor!

LUPERCIO.

Ten, majadero, el furor,

(*) Aristo huye.

¿Donde vas tan descompuesto?

CELAURO.

Paso, no lo oiga Fuljencia.

SABINO.

De cólera estoi perdido.

LUPERCIO.

Como, Santelmo, has venido,
acabada la pendencia.

SABINO.

¿No ha quedado por ahí
alguna cosa fiambre?

LUPERCIO.

Ve necio á matar el hambre;
apartaos todos de aquí.

ALFREDO.

¿Si vuelven?

LUPERCIO.

No volverán.

CELAURO.

Entraos allá.

ARISTO.

A punto ponte.

SABINO.

Yo voi hecho un Rodamonte.

ALFREDO.

Yo un Rujero.

SABINO.

Yo un Roldan.



ESCENA XVII.

CELAURO y LUPERCIO.

LUPERCIO.

¿Qué ha sido aquesto?

CELAURO.

Todo niñer'a.

LUPERCIO.

¿Porqué has reñido?

CELAURO.

Digo que no es nada.

LUPERCIO.

¿Nada, Celauro, y tanta pesadumbre?

CELAURO.

No es nada, á fé de caballero.

LUPERCIO.

Basta,
no lo digais, que bien sé yo que en esto
lo que es nada es mi amor, para que pueda
del vuestro merecer cosa tan fácil.

CELAURO.

¿Por eso os enojais?

LUPERCIO.

¿Pues no os parece
que es bastante ocasion para enojarme?

¿Esto se usa en amistad como esta?

¿En dos amigos hai secreto alguno?

¿Qué os he negado yo? no de mis obras
que ese fuera de amor pequeño efeto,

¿Mas de mis pensamientos escondidos?

CELAURO.

Querido amigo, amigo mio del alma,
el negaros aquesto, no procede
de poco amor, ni de que soi ingrato,
Sino de ser negocio y causa vuestra;
el amigo, Lupercio, que es honrado,
á su amigo defiende con la espada,
sin darle pesadumbre con la ofensa:
esta os importa que yo calle.

LUPERCIO.

Bueno,
tanto mas encendistes mi deseo,
cuanto mi causa fue la defendida,
que aunque los dos tengamos una causa,
yo moriré si no la sé.

CELAURO.

No creo.

que puede ser, porque es de pesadumbre.

LUPERCIO.

Esa es mayor.

CELAURO.

Mirad, señor Lupercio
que os va la honra de este desengaño.

LUPERCIO.

Y en saberlo, Celauro, está mi vida,
mi honra, gusto y salvacion.

CELAURO.

Es cosa
que tiemblo de decilla.

LUPERCIO.

¿Sois mi amigo?

CELAURO.

Si soi.

LUPERCIO.

¿Pues qué dudais?

CELAURO.

Temo el suceso.

LUPERCIO.

¡O pesia tal! sacad la daga, y dadme
por este corazon

CELAURO.

Ahora bien sea,
que mi desdicha quiso que palabras
hiciesen la pendencia antes de tiempo,
que yo, Lupercio, le llevaba al campo.

LUPERCIO.

No dilateis, Celauro, con rodeos
mi muerte, mi disgusto, mi deshonra.

CELAURO.

Va de deshonra, muerte y de disgusto.
Sabed que las mujeres en el mundo
nacieron para ser destruccion suya,
y que supuesto que haya muchas buenas,

virtuosas y santas, hai algunas
ingratas en extremo al amor nuestro,
falsas, lascivas, locas y perjuras.

LUPERCIO.

Que no quiero preámbulos.

CELAURO.

Fuljencia....

LUPERCIO.

¡Ai cuanto lo temí!

CELAURO.

Fuljencia digo,
aunque ha diez años que tratáis sus cosas,
la sustentáis, la regaláis....

LUPERCIO.

¡Ai triste!

CELAURO.

Quiere bien á este Octavio.

LUPERCIO.

Eso es quimera,
ni en mi vida le he visto por su calle.

CELAURO.

Yo si de dia y de noche, y aun alguna
le he hecho salir de ella á cuchilladas,
de que es Alfredo buen testigo.

LUPERCIO.

¿ Adónde

ó cómo la habla?

CELAURO.

No hai cosa mas ciega
que un pobre amante: basta, a questo basta.

LUPERCIO.

Prosigue buen Celauro, ya te creo.

CELAURO.

¿Habian de llamarte por ventura,
los dias ó las noches que se hablasen?

LUPERCIO.

Bien dices, ciego estoy.

CELAURO.

Yo por tu gusto
y temiendo el disgusto de este día,
rogábale á este necio que dejase
su loca pretension.

LUPERCIO.

¿Qué mas hacías?

CELAURO.

¡Noi finalmente ví que su criado
con un papel la hizo señas.

LUPERCIO.

¿Dónde?

CELAURO.

En la ventana.

LUPERCIO.

Bien.

CELAURO.

Llegué y quitésele,
y viniendo á cobrarle el dueño infame,
resultó la pendencia.

LUPERCIO.

El papel muestra,
que aun viéndole no creo que es posible.

CELAURO.

Aun no le he visto yo.

LUPERCIO.

Celauro, escucha.

Este necio de Celauro (Lée.)

*mí vida, me impide el verte,
mas hoy pienso con su muerte
gozar de esta empresa el lauro.*

*No llores que es sin provecho;**sino procurame hablar,**si por vida del lunar**que cubre tu blanco pecho,*

*cuyo cabello sutil
es lazo de mi prision.* (Deja de leer.)

No mas , no mas , señas son
de Fuljencia , infame y vil.
No leo mas sus concetos ,
basta estas señas ya ,
que creo que las dará
de otros mayores secretos.
¡ Ai de mí ! verdad es todo ,
notable seña , ¿ qué dudo
porque saberla no pudo
sin gozarla de otro modo ?
¡ Ai Fuljencia , ai enemiga ,
estas tus lágrimas son !
¡ ai de mi sana intencion ,
ai de mi antigua fatiga ,
ai de diez años de amor
con tanta persecucion ,
ai de mis obligaciones
fundadas en tanto error !
¿ Tus señas otro hombre , otro hombre
de aquel cabello colgado
en que estuve aprisionado
con los yerros de tu nombre ?
Tu lunar , ó luna á mengua
su viva color leonada
ya de tu infamia eclipsada ,
y menguada de tu mengua :
¡ O maldiga Dios mi boca ,
que así celebró esa luna ,
ese lunar , si otra alguna ,
le jura , le besa y toca !
¡ Malditas mis manos sean
que se dejaron atar
de ese cabello al lunar
en que otras manos se emplean !
Y mi desdicha tambien
sea maldita , enemiga ,
pues á maldecir me obliga

lo que fué tode mi bien.
Yo te amé, yo te adoré,
yo estuve engañado así.

CELAURO.

¡O por Dios; vuelve ya en tí!

LUPERCIO.

Tarde ó nunca volveré.

CELAURO.

¿Ves como fuera mejor
dejarte estar con tu engaño?

LUPERCIO.

No entendí que el desengaño
viniera con tal rigor.
No entendí que una mujer
fuera tan mujer, Celauro.

CELAURO.

Hoi mi perdicion restauro; (ap.)
este la ha de aborrecer.

LUPERCIO.

Quédate aquí.

CELAURO.

No por Dios,
que querrás irla á matar.

LUPERCIO.

Bien se puede asegurar,
que hai una vida en los dos.

CELAURO.

Dame la palabra aquí
de no tocarla.

LUPERCIO.

Si haré.

CELAURO.

Jura.

LUPERCIO.

Por Dios y su fé.

CELAURO.

Otro juramento dí.

LUPERCIO.

Pues por vida de la lumbre
de estos ojos, que es Fuljencia.

CELAURO.

¿ Juramento de conciencia
es ironía ó costumbre?

LUPERCIO.

Es que quiero asegurar
tu sospecha mal nacida,
que jurando por su vida
no se la quiero quitar.

CELAURO.

Vámonos, y tu amor sella
con que no vamos allá.

LUPERCIO.

No podrá el alma que está
abrasándose por vella.

CELAURO.

Entretenerte es mejor;
vamos á jugar.

LUPERCIO.

No puedo,
que de verla tengo miedo,
y de no verla mayor.

CELAURO.

¿ Verla?

LUPERCIO.

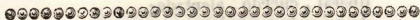
Impórtame infinito.

CELAURO.

¿ Eso Lupercio declara?

LUPERCIO.

Quiero ver si aquella cara
pudo hacer este delito. (Váse.)



ESCENA XVIII.

CELAURO, solo.

¿Hai entrañas de Leon
 mas crueles que las mias,
 veneno en aspides frias,
 ni en Grecia mayor traicion?
 ¿Hai mas furia en el abismo?
 no es posible, antes recelo
 que no ha hecho cosa el cielo,
 como yo, sino yo mismo.
 Amor, que es tu pensamient ;
 ¿mas qué te pregunto yo
 despues que el alma te dió
 su razon y entendimiento?
 Pues querérsela pedir,
 en verme de mi distinto
 ya estoi en el laberinto,
 ó he de salir á morir. (Váse.)



ESCENA XIX.

SALA DE LA CASA DE LUPERCIO.

FULJENCIA, sola.

Cuanto, y con cuanta razon
 arrogante debo estar;
 júzguelo quien supo amar,
 y tuvo satisfaccion.
 Amo un hombre que es espejo
 de hombres en talle y consejo,
 con quien mil contentos gozo;
 para mi regalo mozo,
 y para mi honra viejo.
 Galan, discreto, aseado,
 limpio, apacible, animoso,

liberal , cuerdo , alentado ;
 de mi vida cuidadoso ,
 y de la suya olvidado .
 Casado , aunque de secreto
 conmigo , que fue el efeto
 mas alto de voluntad ,
 cuando tuvo á su amistad
 mi entendimiento sujeto .
 Aunque á cual piedra tan dura
 dos hijos no enternecieran
 de tan notable hermosura ,
 que bastardos nunca hicieran
 legítima mi ventura .
 Cuantas hoi teneis amor ,
 tened envidia al favor
 que el cielo en esto me ha hecho ,
 que fuera de él no sospecho
 que puede haberle mayor ;
 y tú mi bien y mi dueño ,
 donde estás , que estás sin mí ;
 ya no te tengo en empeño ,
 ya eres mio , ya te di
 el alma en precio pequeño .
 Ven á ver aquestos ojos
 de tu víctima despojos ,
 en cuyas niñas retratas
 el talle con que me matas ,
 y me das celos y enojos .



ESCENA XX.

FULJENCIA y LUPERCIO tristísimo.

FULJENCIA .

¿ Eres tú , señor ? si el es ,
 dame esos brazos que adoro
 porque en tu prision estás ;
 déjame asir el tesoro

de toda el alma interés.
 Que cual suele el avariento
 del cofre cada momento
 sacar el oro y contallo,
 no menos avaro hallo
 contigo mi pensamiento.
 Que aunque te tengo y poseo,
 si mil veces no te toco,
 si mil veces no te veo,
 pienso que te tengo en poco
 y que ya no te deseo.
 Eres mi tesoro en quien,
 las armas de su hacedor
 se ven esculpidas bien;
 ¡ai qué es aquesto, señor,
 qué enojo es este y desden!
 vos el sombrero en los ojos,
 vos los ojos en el suelo
 que estos tienen por despojos,
 decidme por Dios del cielo
 si teneis conmigo enojos.
 Mi bien, alma de esta vida,
 ¿qué os he dicho? ¿qué os he hecho?
 ¿No me hablais?

LUPERCIO.

¡Ah mujer finjida!
 aspid que entraste en mi pecho
 y estas en el alma asida.
 Sanguijuela de mi honor,
 que en él pegada has sacado
 toda su sangre mejor,
 fuego en nieve disfrazado
 pensamiento de traidor.
 Amigo vil que te alejas
 en viendo pobreza y quejas,
 vívora que concebí,
 que para salir de mi
 el pecho abierto me dejas.

Rayo que me has abrasado
 dejando sano el vestido,
 enemigo perdonado
 ingrato que me has vendido,
 y deudo que me has negado.
 Enmascarada homicida,
 calentura lenta asida
 con tan tibio proceder,
 que no se echando de ver
 está acabando la vida.
 Fuego secreto sin llama,
 que nunca de abrasar cesa,
 vil en obras, casta en fama,
 arpía en mi alegre mesa
 y Clitemnestra en mi cama.
 Mujer de quien este ser
 aun no quisiera tener;
 mujer que tan mal viviste,
 que por ser mujer quisiste
 dejar de ser mi mujer.
 Abreviemos de razones
 sin hablar, sin preguntar
 causas justas, ni ocasiones,
 que esta daga ha de pasar
 aqui tus dos corazones.
 El mio que está en el tuyo
 y el tuyo que está en el mio:
 concluye, que aqui concluyo.

FULJENCIA.

Si eso es justo, señor mio,
 matadme, aqui estoi, no huyo.
 Pero si acaso no es justo
 decidme vuestro disgusto,
 mas esta réplica es fea,
 que para que justo sea
 basta ser de vuestro gusto.
 Veis aqui el pecho, pasadle
 de suerte que no toque y es

este inocente guardadle,
 ó heridme si vos quereis,
 ó por la herida sacadle.
 Que os juro dulce señor,
 que en mi vida os ofendí
 si no es ofensa el amor,
 que el quereros mas que á mi
 me obligaba algun rigor.
 Hoi salistes de mis brazos
 porque casos tan siniestros,
 quereis hacerlos pedazos
 pudiendo hacer de los vuestros
 á mi cuello estrechos lazos.
 ¿qué os han dicho mi señor,
 dulce bien mio, y mi vida,
 que con tanto desamor
 me llamais vuestra homicida,
 fé falsa, y paz de traidor?
 que de que vos me mateis,
 que soi vuestra humilde hechura,
 ningun agravio me haceis,
 siento por mas desventura
 solo el ver que me afrenteis.
 ¿Queréismelo decir?

LUPERCIO.

Calla,

calla sierpe venenosa,
 que entre la yerba se halla
 flor de adelfa, araña en rosa,
 con mas yerros que una malla.
 No quieras saber lo que es,
 que no habrá muerte decente.

FULJENCIA.

Alto señor, si asi es,
 dejadme como inocente,
 que me arrodille á esos pies.
 Ya que todo se me niega
 que cubrais mis ojos ruega

con una toca mi boca :
pero no ha menester toca
mujer que ha estado tan ciega.

LUPERCIO.

Que cubra me persuades
tus ojos, ó error profundo,
bien saben sus libiandades,
que no hai ya toca en el mundo
con que cubrir tus maldades,
esa toca es que me toca
matarte, y lavar mi honor,
y si á toca me provoca,
es para cegar á amor
que esta sentencia reboca.
Porque aunque es ciego, es de arte
este mi amoroso fuego
que para no perdonarte,
ha de estar dos veces ciego
porque una benda no es parte.

FULJENCIA.

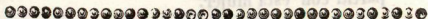
Tres estamos á este fiéro
sacrificio prevenidos,
tú con el desnudo acero
hechos piedras los oidos
inecesorable y severo:
yo cual víctima inocente,
y el anjel que condolido
te está diciendo detente
en mis entrañas metido,
y á la ejecucion presente.
El te detenga, y Dios sea
en mi guarda. (*)

LUPERCIO.

¡Qué temor
me detiene que no vea
la venganza de mi honor,

(*) Va á darla con la daga y se detiene.

que es lo que el alma desea!
¡O amor, que en tener mi acero
como con alas estás!
eres anjel aunque fiero
hasta que pudiste mas,
basta, obedecerte quiero.
y pues que nadie ha sabido,
que con esta estoi casado
¿qué obligacion me ha corrido,
que leyes me han obligado
de las que tiene un marido?
Alto, dejalla es mejor.
Ola Ríselo, Sabino.



ESCENA XXI.

LOS PRECEDENTES, SABINO Y RISELO.

RISELO.

¿Qué es lo que mandas señor?

LUPERCIO.

En lo que hacer determino
será replicarme error;
porque vive Dios si al hecho
que intento replica en nada
alguno, aunque sin provecho,
que la cruz de aquesta espada
le sirva muriendo al pecho.

SABINO.

¿Pues señor, qué ira es esta?

LUPERCIO.

Vaya no haya mas respuesta.
Traed á Esteban, y á Enrique.

FULJENCIA.

Ea, nadie le replique.

SABINO.

Trajedia ha sido la fiesta



ESCENA XXII.

LUPERCIO Y FULJENCIA.

FULJENCIA.

¿Y no podré yo saber
mi señor donde los llevan?

LUPERCIO.

Donde no los has de ver.

FULJENCIA.

Señor, Enrique, ¡ai! y Esteban,
partid con esta mujer.

LUPERCIO.

Ya no, que no lo eres mia.

FULJENCIA.

Mi bien, mi señor.

LUPERCIO.

Desvia.

FULJENCIA.

No son bienes gananciales.

LUPERCIO.

Los hijos no celestiales,
que el Cielo los dá y envía.

FULJENCIA.

Llevaos á Esteban señor.

LUPERCIO.

Aunque él mismo lo suplique,
vete, infamia de mi honor.

FULJENCIA.

Dejadme señor á Enrique,
que me costó mas dolor.
Dejádmele señor mio,
porque un retrato me quede
de esa cara, talle y brio,

que este, consolar me puede,¹
ya que os vais con tal desvío.



ESCENA XXIII.

LUPERCIO, FULJENCIA Y SABINO
con los dos niños.

SABINO.

Aquí los niños están.

LUPERCIO.

Vente conmigo.

SABINO.

Yo iré.

FULJENCIA.

Espérate y me verán,
que verlos yo no podré
segun mis lágrimas van.
Hijos, yo soi la mujer
del mundo mas desdichada:
vuestra madre solia ser,
ya soi madrastra culpada
y que no os tengo de ver,
Si á caso vivis y á caso
sabeis por quien esto paso
vengadme de él hijos míos.

LUPERCIO.

Que notables desvarios
cuando en cólera me abraso:
quítalos de ahí.

FULJENCIA.

Señor,
ánjeles besadme.

LUPERCIO.

Suelta.

FULJENCIA.

¡A mí con tanto rigor!

LUPERCIO.

Suelta adúltera resuelta
en la infamia de mi honor.

FULJENCIA.

Gracias á Dios que ya sé
porque es aqueste castigo ,
¿yo te he ofendido ?

LUPERCIO.

Y no fué,
ese lunar mal testigo
del eclipse de tu fé.

FULJENCIA.

Pues oye.

LUPERCIO.

A un monte voi.

FULJENCIA.

Allá te quiero seguir.

LUPERCIO.

Matarete.

FULJENCIA.

Muerta estoi ,
no he de volver á morir.

LUPERCIO.

Vuelvete.

FULJENCIA.

Señor.

LUPERCIO.

Detente
que aumentaré tu castigo.

FULJENCIA.

Hijos , hijos.

LUPERCIO.

¡A insolentel

FULJENCIA.

A Dios pongo por testigo
que estoi de culpa inocente.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.